V Jornadas de Jóvenes Investigadores, IIGG - UBA

Noviembre de 2009

Jorgelina Loza

IIGG/CONICET

jorgelinaloza@yahoo.com.ar

Eje Problemático: 1. Identidades. Alteridades.

Título: *"Similitudes y diferencias en el Río de la Plata. La construcción de imágenes propias y mutuas entre argentinos y uruguayos"*

Introducción

Encontramos en Montevideo y Buenos Aires, organizaciones sociales que trabajan activamente en la reivindicación por el derecho a la ciudad, a través del reclamo por la vivienda. Estas organizaciones son parte de una larga tradición de lucha que ha signado la historia de ambos países. Actualmente, estas organizaciones forman parte de redes globales en las que se promociona el intercambio en vistas a mejorar las soluciones particulares (nacionales) ante problemáticas o necesidades globales (regionales).

El fluido intercambio entre los integrantes de estas organizaciones se ve teñido de imágenes y representaciones sobre el otro, y sobre uno mismo, que caracterizan a la relación entre vecinos fronterizos, condicionando y posibilitando a la vez el vínculo entre ambas naciones.

Este trabajo se propone explorar la representación que sostienen sobre sus propias naciones, y sobre la vecina, uruguayos y argentinos que integran movimientos sociales de lucha por la vivienda en Montevideo y Buenos Aires, en la actualidad.

Analizaremos aquí los discursos de integrantes del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) de la Ciudad de Buenos Aires, y de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM) de Montevideo, tratando de encontrar los elementos que forman parte de esas representaciones, en momentos en que las teorías de la Globalización ponen en cuestión la supervivencia de identidades nacionales.

La información aquí presentada fue recogida durante 2008 y 2009, a través de entrevistas semi estructuradas y grupos focales, en los que se utilizaba un dispositivo disparador construido a los fines de esta investigación, compuesto por fotos y frases.
Es importante destacar que esta ponencia presenta un fragmento de un trabajo de investigación mayor que se verá plasmado en mi tesis de maestría, a ser presentada en IDAES – UNSAM. Esta investigación buscaba explorar la representación de América Latina y de las naciones de pertenencia de integrantes de movimientos sociales del Río de la Plata.

I. Ideas sobre la nación

Las perspectivas sobre la nación pueden resumirse en tres grandes líneas teóricas (Grimson, 2007). La primera puede denominarse *primordialista* o *esencialista*, y asume que existe una coincidencia entre nación, cultura, identidad, territorio y Estado. La nación se construye con base en hechos objetivos. Una segunda perspectiva destaca el carácter de *construcción* de la nación, ubicando al Estado como el protagonista de los esfuerzos en ese sentido, pero implicado en un proceso histórico complejo en el que intervienen también otros actores. La educación, la legislación, las fronteras geopolíticas y los símbolos nacionales son algunos de los dispositivos que los Estados ponen en marcha en este proceso. La tercera corriente ingresa en un debate sobre los procesos históricos de construcción de las naciones y su carácter ficcional. La corriente *experiencialista* destaca la sedimentación de los procesos históricos que los constructivistas señalan en la configuración de elementos culturales que los sujetos comparten. La nación deja de ser un proceso puramente simbólico, para ser entendida como "un proceso social total" (Williams, 1980 citado por Grimson, 2007: 16). Este proceso social muestra, a la luz de esta perspectiva, que existe al interior de cada uno cierta heterogeneidad ideológica, que de todos modos desarrolla un campo de lo posible, una lógica de interrelación entre grupos internos y con grupos externos, un lenguaje común y otro elementos culturales compartidos (Grimson, 2007). Este conjunto de personas desiguales comparte una serie de experiencias históricas que son constitutivas de los modos de acción, cognición, imaginación y sentimiento que desarrollan (Grimson, 2007).
En esta categorización, podemos ubicar a los exponentes más renombrados en lo que tiene que ver con pensar el concepto de nación. Así, en el primer grupo encontramos a Ernest Renan (2001), para quien la nación constituye un principio espiritual basado en dos grandes fundamentos: el olvido de su origen violento y la voluntad de estar juntos: una nación es diferente a una raza, un grupo étnico o un grupo lingüístico, un grupo religioso o un conjunto

de personas determinado espacialmente, entendiéndose la pertenencia a una nación como una elección, nunca como algo dado a priori. En cuanto al futuro, sus integrantes comparten la idea de un mismo programa a realizar y el deseo de preservar la nación en el tiempo. Max Weber (1984) pareciera no descartar la conformación de una nación en base a ciertos "bienes culturales", entendiéndola como una *comunidad de cultura* que necesita una comunidad política que la sustente.

En el segundo grupo de pensadores, encontramos a Benedict Anderson (1991), quien establecerá a la nación como una "*comunidad política imaginada*": los sujetos imaginan al resto de los integrantes como condición de formar parte de ella, formando una comunidad horizontal. Para aceptar la existencia de pluralismo al interior de la misma y permitir la convivencia, la nación se imagina soberana. Si bien esta noción confirma el carácter ficcional de las naciones, no deja ver el carácter conflictivo de su constitución, proceso en el que amplios grupos de sujetos quedan excluidos. Al iniciar esta crítica al trabajo de Anderson, Rosaldo (1992) se pregunta si la categoría de nación en sí misma no se ha vuelto obsoleta en un mundo que muestra a gritos las diferencias entre incluidos y excluidos. La duda que recorre su digresión es acerca del modo en que puede resolverse la discusión intelectual en torno al concepto de nación para que considere en su interior identidades desiguales y en permanente conflicto.

Es necesario tener en cuenta que las comunidades de filiación identitaria, y las naciones como tales están en permanente reconsideración y sus límites no están definitivamente resueltos. Las cuestiones relativas a las identidades nacionales aparecen como ficcionales, pero al mismo tiempo como ámbitos de negociación, lucha por el poder simbólico y conflicto. Sin embargo, tener en cuenta este carácter ficcional no implica, de ningún modo, desestimar la fuerza de la nación como artefacto cultural. Destaca Rosaldo, entonces, siguiendo la línea de Elías, y ubicándose en el tercer grupo de aproximaciones a la nación, que éstas son procesos históricos que no pueden analizarse separados de los contextos en que han nacido y desarrollado (Rosaldo, 1992; Elías, 1997).

Elias toma el concepto de hábitus nacional para adentrarse en esta discusión sobre la construcción de las identidades nacionales. El hábitus aparece para Elías como contingente, vinculado al proceso de conformación del Estado en el cual se inserta, y no fijado naturalmente. Así, los destinos de las naciones se cristalizan en instituciones que deben asegurar que personas diferentes dentro de una misma sociedad adquirirán las misma características, y entonces poseerán el mismo hábitus nacional (Elías, 1997).

Este proceso es el que Balibar llamará de etnificación. De acuerdo con este autor, las naciones no poseen una base étnica natural, sino que las poblaciones que van quedando bajo la influencia de un Estado Nación van construyendo (desde la participación en instituciones estatales destinadas a la construcción del pueblo) un efecto de unidad que difunde la sensación de conformar un pueblo. En este proceso, las diferencias entre los sujetos se suprimen o minimizan, de modo que resalten las diferencias con los "otros" que no pertenecen a esa nación.

Las naciones en el Cono Sur: Argentina y Uruguay

Los esfuerzos teóricos deconstruccionistas han puesto un quizás excesivo énfasis en desandar el camino de formación de identidades nacionales, anunciando el borramiento de las fronteras geopolíticas. Esta *hermandad esencializada* en la que la muchas veces se apoyan los proyectos políticos integracionistas impide comprender la importancia cognitiva, política, económica y cultural de los Estados-Nación (Grimson, 2000b).

La mirada que implanta una homogeneización entre identidades nacionales cercanas física o históricamente es peligrosa en tanto oculta las diferencias culturales que viven los actores protagonistas de esas identidades. En el caso de Argentina y Uruguay, estas diferencias no pueden dejarse de lado. Las percepciones mutuas que ambos países construyen han ido variando a lo largo de su historia, y no pueden dejarse de lado a la luz de proyectos integracionistas que buscan eliminar diferencias como un medio para garantizar su eficacia. Es decir, es importante partir de la base de los elementos que comparten estas construcciones (un pasado en común, similar composición migratoria y grado de homogeneidad e integración social, a la vez que ciertas tradiciones culturales compartidas que permiten hablar de una identidad rioplatense), a la vez que poder ver más allá de esas uniformidades que las acercan.

Estas similitudes y puntos de acercamiento dan cuenta, en un inicio, del devenir histórico de las naciones de la región. La lenta construcción de una identidad autónoma por parte de los criollos al momento de establecer posiciones con respecto de las potencias de ultramar, en tiempos de la colonia, parece ser el momento inicial para la mayor parte de las naciones modernas nacidas en suelo latinoamericano. La formación de esta identidad se construyó sobre la exclusión de otros grupos sociales, con los que habían compartido el territorio. En este período, es justamente la exaltación de las riquezas naturales el elemento que reforzaba el sentimiento de identidad del grupo (Gonzalez, 2007).

En un segundo período, que podemos ubicar en la primera mitad del siglo XIX, se comienzan a formar los Estados nacionales como unidades administrativas, y a definirse (de forma preliminar) las fronteras de esas formaciones. Es una constante en casi toda la región la elección y puesta en práctica de formas republicanas de gobierno, como una decisión anterior a la conformación de los grandes proyectos nacionales. La nación era entendida, aquí, como una comunidad política desde la que emanaba el poder legítimo y los elementos culturales aglutinantes (Sabato, 2006). La construcción de un mito nacional, y la exaltación de una cultura pretendidamente homogénea comienzan a perfilarse en este período, y se delinean políticas inclusivas, pedagógicas.

La segunda mitad del siglo XIX podría caracterizarse por los esfuerzos de estos países de alcanzar una modernización material. En Argentina y Uruguay, particularmente, este período coincide con las primeras oleadas inmigratorias, que sin dudas delinearon de manera particular las formas organizativas económicas, políticas y sociales que se vieron en esa época. Es en este período que empiezan a observarse los conflictos entre grupos hegemónicos por sostener el fundamento último de la pretendida tradición nacional.

Las naciones uruguaya y argentina son categorizadas por Darcy Ribeiro como *pueblos transplantados*, en tanto tienen su origen en corrientes inmigratorias europeas que llegan al continente americano después de las independencias. Para ese entonces, los primeros pasos en pos de la construcción de un Estado Nación ya estaban dados: los indígenas habían sido aniquilados, y los territorios más fértiles habían sido destinados a producciones de materias primas. Sobre un complejo étnico que incluía a mestizos e indígenas se instalan las oleadas inmigratorias europeas que rápidamente se incorporan a estilos de vida rurales y urbanos ya desarrollados en ambas naciones. Esta interrelación entre lo existente y lo recién llegado dio origen a una nueva etnia nacional, predominantemente europea, con un claro perfil de *pueblo transplantado* (Ribeiro, 2007). No se formaban grupos culturales aislados, sino que todos se asimilaban (en respuesta a acciones más, o menos violentas) para conformar las proto nacionalidades en que se integraban.

Es a inicios del siglo XX que se encaran acciones relativas a una relegitimación del proyecto nacional, y donde ésta comienza a ser definida en términos culturales, hasta ser considerada como anterior a toda organización política (Sabato, 2006). La existencia de una clase dominante que asume una postura en inicio europeizante es uno de los puntos de coincidencia en lo que hace a los inicios de la nación. En los dos casos, las oposiciones históricas se irán resolviendo a través de luchas y pactos entre las oligarquías terratenientes y las élites urbanas. Tanto en Argentina como en Uruguay, las ciudades capitales luchan por constituirse como los

lugares autónomos desde los que se tomen las decisiones principales en lo relativo al devenir de los países, proclamándose como los "centros difusores de una civilización auténtica" (Ribeiro, 2007: 411). Este matiz centralista dará una configuración particular a esas naciones. El proceso de educación masiva nacionalista se había completado alrededor de 1880 con la institucionalización plena de un régimen constitucional en cada uno de los países, dentro del cual las provincias internas quedan subyugadas y se implanta una duradera concentración de tenencia de la tierra.

La implantación en el país de capitales europeos, y de mano de obra inmigrante otorgó ventajas a ambos países, que iniciaron un período de prosperidad que permitió desarrollar una infraestructura productiva acompañada de una rápida urbanización. En períodos de crisis económicas mundiales, como el de entreguerras, ambos países se enfrentan a la oportunidad de construir fuerzas propias en pos de un proceso de industrialización. Surge, en este momento, un proletariado fabril y los inicios de lo que sería una clase media cada vez más amplia, característica de las formaciones sociales de ambos países.

Más adelante, el siglo XX se caracteriza por evidenciar esfuerzos por llevar adelante construcciones políticas autónomas frente a un mundo en el que el capitalismo se muestra en franca expansión. América Latina en general, y sus naciones en particular, buscan estrategias que posibiliten un desarrollo nacional desde una posición periférica con respecto al resto del mundo. Como ya dijimos anteriormente, las grandes corrientes intelectuales que pensaban a la región en esa época, la desarrollista y la dependentista, separaban sus aguas de acuerdo a la importancia que otorgaban a la autonomía con respecto a las potencias para el desarrollo de las naciones latinoamericanas. Así, aun cuando coincidían en la condición subordinada de los países de la región frente a las potencias industrializadas, el desarrollismo proponía ponerse a tono con las innovaciones tecnológicas de los países desarrollados, mientras que los teóricos de la dependencia abogaban por una salida nacionalista y culturalmente autónoma (García Canclini, 2002).

En las últimas décadas del siglo XX, las naciones latinoamericanas han mostrado posicionamientos diversos con respecto al clima internacional de expansión y crisis del capitalismo. Como ya mencionamos, grupos excluidos históricamente de la construcción de la idea de nación en cada uno de esos países retoman la voz, reclamando por respuestas globales que buscan transformar las unidades nacionales. Las ideas nacionales son instaladas como problema una vez más, a la luz de los bicentenarios de las revoluciones independentistas del siglo XIX.

En Argentina, el proyecto nacional transita por posiciones divergentes en las décadas siguientes a las luchas emancipatorias, que postulaban formas opuestas de gestionar un territorio vasto y aun habitado por masas indígenas que estaban excluidas del proyecto organizador. La Generación del ’80 es un ejemplo de la promoción de una unidad cultural desde el campo intelectual, con obras que resaltan el carácter único e insoslayable de la argentinidad (Terán, 2006). Se evidencian, a fines del siglo XIX, los conflictos referidos a la aparición de los sectores sociales que no habían sido incluidos en un proyecto nacional que se evidenciaba, desde sus inicios, como excesivamente centralista.

Hacia la primera mitad del siglo XX, en Argentina son una preocupación importante las masas de inmigrantes provenientes del aluvión migratorio trasatlántico, y se proponen programas estatales de educación masiva con fines patrióticos, como un modo de conducir a esas clases oprimidas. Es aquí cuando renacen las preguntas acerca de la existencia y caracterización de una nación argentina, y se la ubica nuevamente en el centro de las preocupaciones políticas e intelectuales. Así es que se aprueba la Ley Saenz Peña (1912), que establecía el voto masculino universal obligatorio como forma de ampliar la ciudadanía.

Estos esfuerzos democratizadores condujeron, en Argentina, a la formación de un nuevo sujeto político: el pueblo. Los aluviones poblacionales otorgaban a las naciones, o a sus capitales, al menos, un matiz cosmopolita que conducía a promover la construcción de un nacionalismo cultural que se fundaba en el campo intelectual. Así es que la búsqueda de *lo argentino*, el problema de la nacionalidad, se instala como preocupación central desde los festejos del Centenario (Funes, 1995). La construcción de este nacionalismo cultural, que postulaba una reflexión sobre temas como la raza, el territorio, el pasado, la cultura; se cristalizó en mitos constitutivos de lo que se considera el núcleo de la representación sobre lo nacional. Esta reflexión, al mismo tiempo, deviene acción en tanto plantea un proyecto a futuro. Más tarde, en momentos de crisis económica mundial, la institucionalidad será asumida, desde el gobierno radical, como garantía para sostener el complejo panorama nacional. La crisis del ’30 profundizará los antagonismos que la sociedad argentina visualizaba, pero al mismo tiempo fortalecerá a la nación como “principio de legitimidad política y base discursiva de interpelación a la unidad de los opuestos” (Funes, 1995: 160).

El siglo XX en Argentina vivencia un revisionismo que pone en duda la verdadera inclusión de todos los sectores sociales en la elaboración de un proyecto de nación, y que rescata, en corrientes intelectuales que se inician a mediados del siglo, la existencia de un interior auténticamente nacional en contraposición a un Buenos Aires altamente extranjerizante (Terán, 2006). Al mismo tiempo, la legitimidad del discurso sobre lo nacional entra en

discusión cuando distintos actores intentan proclamarse como los detentores del discurso sobre la argentinidad. Así es que, en paralelo a la intelectualidad revisionista, el Ejército se postula a sí mismo en esta época como la única institución capaz de salvar a la patria frente a sus posibles enemigos (Fanlo, 2007). Este discurso militar quedará asociado a lo nacional en Argentina durante todo el siglo XX, produciendo efectos de poder y diferenciación que aun hoy se palpan en los discursos de los sujetos (Grimson, 2007; Vernik y otros, 2008).

El proceso democratizador posterior a la dictadura (1976 - 1983), y la profunda crisis económica que comienza a mostrar sus signos en la década de los '90, vuelven a poner en debate la idea de nación argentina, en un contexto intelectual caracterizado por el revisionismo histórico y la puesta en cuestión de elementos culturales solidificados. Los proyectos integracionistas trasnacionales que se instalan discursivamente con más fuerza a inicios del siglo XXI, acercan a la construcción siempre en proceso de la argentinidad a un devenir latinoamericano del que muchas veces – fundamentado en su importante componente inmigratorio, de origen europeo mayoritariamente – pretendió separarse.

El proyecto nacional uruguayo nace, al igual que en todos los países hispanoamericanos, como una iniciativa política antes que como una reivindicación comunitaria. La urgencia del proyecto independentista del siglo XIX se basaba en la definición de las fronteras, territoriales, jurídicas y culturales. Es en las últimas décadas del siglo XIX cuando se evidencia un impulso modernizador, marcadamente capitalista, y se establecen los rasgos identitarios que aun componen la idea nacional del Uruguay.

Al mismo tiempo, las primeras grandes oleadas inmigratorias, y los procesos imparables de urbanización demandaban respuestas integradoras, que incluían una reforma escolar y de las estructuras del Estado en consonancia con este proyecto (Caetano, 1992). La definición de las fronteras con los grandes vecinos de los uruguayos, hizo que prevaleciera un discurso nacionalista, dispuesto a rescatar los rasgos constitutivos de una *orientalidad*, exaltada por un grupo de pensadores *nacionalistas*, que primaba por sobre los proyectos de los intelectuales *integracionistas* (que serán considerados *uruguayistas*, por oposición a los anteriores, y que sostenían una mirada cosmopolita sobre la identidad uruguaya – Entrevista a Gerardo Caetano, septiembre de 2008). El proyecto político incorpora aquí a una intelectualidad que contaba con apoyo estatal y que asumió, "en una clave misional, esta idea de confirmar la nación desde la historia, desde la novela, desde el ensayo, desde la escuela" (Entrevista a Gerardo Caetano, septiembre de 2008).

Es durante los inicios del siglo XX que se completa el modelo de identidad nacional. Se consolida en esta época un modelo económico de desarrollo, y se definen políticas

demográficas que plantean esquemas uniformizantes y perdurables, en una apuesta a un país pequeño pero autosuficiente (Achugar, 1992; Caetano, 1992). La reforma del Estado y la formación de un sistema de partidos moderno conllevó al arraigo de una cultura política republicana cuyos elementos aun hoy pueden observarse. Los partidos políticos funcionaron aquí como los garantes de la incorporación de las masas migrantes al sistema político, construyendo una matriz aun vigente que postula que ser *uruguayo* significa ser un *ciudadano* (Entrevista a Gerardo Caetano, septiembre de 2008).

El proyecto de construcción nacional estuvo enfocado aquí en la integración hacia el interior de la nación, con base en una política de educación primaria y la universalización del voto. Se sostenía la imagen del "crisol de razas", y se afirmaba a la vez que el modelo pluralista y republicano podría perdurar en Uruguay gracias a su carencia de bases indígenas.

Así es que esta matriz democrática, identificada también con un perfil cosmopolita de tendencia eurocéntrica, exaltando el legalismo y el culto a la excepcionalidad uruguaya, se sostenía sobre una base partidocrática, institucionalista y estatalista (Caetano, 1992). Estas primeras construcciones establecieron diferencias constitutivas para el país con respecto a sus vecinos latinoamericanos, que aun hoy se perciben en el imaginario de los sujetos: la homogeneidad racial y de origen garantizaba así un futuro próspero, con una integración social garantizada, y con una receptividad mayor a los que podrían considerarse "valores universales". Desde este momento, la idea de nación uruguaya contiene, al menos desde el campo intelectual, un elemento distintivo, y es el énfasis en la originalidad de lo uruguayo, aun cuando muchos de los elementos que se incluyen en esta construcción terminan siendo más epocales que uruguayos. Ello deviene en una muy difundida creencia en la excepcionalidad uruguaya, sobre todo en lo relativo a la preeminencia de formas civilizatorias que no se han desarrollado de la misma manera en el resto de los países del continente (Devoto, 1992, Caetano, 1992). Se construyen así los pilares para el "mito de la sociedad homogénea" (Migdal, 1992: 28), basado en una realidad empírica que muestra la inexistencia de grandes brechas entre los distintos sectores sociales del país. Por otro lado, la identidad uruguaya contiene, quizás de manera más evidente que en otros casos de construcciones identitarias, una fuerte carga de *otredad*: la originalidad uruguaya siempre es definida en relación con otro que es más poderoso, ya sea Argentina o Brasil.

El proyecto nacionalista no vuelve a plantearse fuertemente en el país hasta la década del '60, cuando los principales elementos de la síntesis identitaria mostraban signos de agotamiento. Se instala una perspectiva con matices latinoamericanistas, aunque caracterizada por la marginación de las expresiones culturales subalternas (la murga, el carnaval, el tango). Más

tarde, la represión encarnada por la dictadura (desde 1973), reflotó estas expresiones, que nutrieron el imaginario democrático y opositor al gobierno militar, como referencias imprescindibles para la identidad nacional (Alfaro, 1992). Es a finales del siglo XX cuando se observa un resurgimiento del debate sobre la construcción simbólica de la nacionalidad uruguaya, en un contexto en el que se plantean proyectos políticos como el del MERCOSUR, con un componente integracionista. Ello conduce a la pregunta sobre los imaginarios de los países regionales, dado que políticamente "han sido acuñados para estar solos y no juntos" (Methol Ferré, citado por Caetano, 1992: 90).

II. Percepciones propias y mutuas entre argentinos y uruguayos

Nos proponemos reconstruir, a partir de los discursos de los integrantes de las organizaciones sociales que consideramos en este estudio, el significado de ser argentino o uruguayo, así como las percepciones sobre el otro que cada una de las naciones construye.

a. Uruguay por los uruguayos

Tal como vimos en la descripción de la construcción histórica de la nación uruguaya, los principales rasgos que esta idea de nación presenta, para sus integrantes, son aquellos elementos que la relacionan con el republicanismo.

En este sentido, el grado de institucionalidad del país, la burocracia, el orden, el respeto por las instituciones republicanas, son elementos que se mencionan como constitutivos de la idea de nación. Idea que remite, aun discursivamente, a una república antes que a una nación.

De los discursos aquí explorados, así como de las entrevistas a los informantes clave, se desprende que la idea de nación uruguaya nace como un proyecto estatal directamente ligado a la construcción de una república como forma política, y que es a esa comunidad política que los sujetos adhieren y refieren en sus relatos. Siguiendo la dicotomía que plantea Weber (1984), el caso uruguayo pareciera ser un ejemplo de una comunidad política que supera a una comunidad de cultura, que se construye sobre factores más débiles y en constante referencia a aquella.

Se suceden entonces las menciones al "Presidente de la República", el "Banco de la República", la "Universidad de la República" antes que a las pertenencias nacionales de estos componentes. Esta percepción de *lo uruguayo* se traduce en una idea que subraya el orden administrativo de Uruguay, que se corresponde con una imagen similar en el plano

internacional, y que le ha valido alojar la sede administrativa de varios organismos intergubernamentales y organizaciones internacionales (por ejemplo, el MERCOSUR).

En este sentido, Uruguay se ha constituido históricamente como un país con una extrema capacidad de sustentabilidad institucional, y los sujetos que participaron de las experiencias grupales que realizamos se encargan de reproducir esta imagen que no sólo existe desde el exterior, sino que es fuente de identificación al interior de la nación también.

Observamos aquí imágenes sobre Uruguay que refieren al país como "la casita de América", "la Suiza latinoamericana", etc. Esta caracterización de la nación uruguaya contiene aspectos positivos y negativos: mientras que es identificada como motivo de valoración positiva desde el afuera, y entonces fuente de orgullo desde el adentro, es señalada como la causa de que no exista una amalgama cultural que permita hablar de una nacionalidad que supere a las administraciones republicanas que se sucedan a lo largo de su historia.

Aun cuando las descripciones propias sobre el nacionalismo suelen ser autocríticas, y cargarse de desvalorizaciones - es decir, siempre se asume que el otro es más nacionalista que uno – en el caso de los discursos sobre lo uruguayo es una constante que las referencias a componentes de una comunidad política tengan cierta prevalencia sobre los que formen parte de la comunidad cultural trascendental, y que ello sea visto como una carencia en comparación con el sustento de las naciones vecinas.

Ello conlleva a una imagen propia que relaciona la breve extensión geográfica del territorio nacional con la percepción de poco crecimiento en el plano internacional. En ese sentido, se suceden las referencias en los discursos explorados a la construcción de una nacionalidad, la uruguaya, a la *sombra* de otras dos naciones que la superan en tamaño, en desarrollo y en peso internacional. Se trata, siguiendo las imágenes que los sujetos que integran las organizaciones contempladas aquí mencionan, de un país *isla*, construido en el aislamiento al que lo someten sus gigantes vecinos, Argentina y Brasil. La construcción de una nación uruguaya se relaciona fuertemente, en los discursos que aquí analizamos, con la referencia constante a un otro que determina las características propias a destacar. El nombre mismo del país es mencionado como evidencia de esta construcción basada en la otredad.

De acuerdo con los entrevistados, es esta situación de desventaja frente a dos vecinos con imágenes muy fuertes lo que ha provocado en los uruguayos la necesidad de marcar diferencias con respecto a los otros. Así es que se sucede el énfasis en las diferencias terminológicas con los argentinos, con quienes comparten un idioma, y las diferencias costumbristas con los brasileros.

Estas diferenciaciones han abonado aun más la distancia simbólica de la nación uruguaya con respecto a la región latinoamericana en la que se insertan, situación que se ha comenzado a revertir en las últimas décadas con el acercamiento entre gobiernos con políticas similares, y la creación del proyecto político del MERCOSUR. A nivel de los sectores populares, como ya hemos visto, el intercambio entre movimientos y organizaciones de distintos países de América Latina ha redireccionado la mirada hacia el entorno cercano.

Siguiendo una historiografía que hoy se asume como ficcional, estaba difundida la idea – y aun persiste esa percepción desde el resto de los países – de que Uruguay carecía de pobladores originarios anteriores a la conquista española. Es una característica atribuida a la nación uruguaya, y sostenida discursivamente por los sujetos que entrevistamos, la inexistencia de un pasado indígena. Aun cuando este dato sobre la construcción del país hoy sea criticado y se revise, se afirma que las culturas indígenas no son parte del entramado cultural que conforma la nacionalidad uruguaya.

Por el contrario, el elemento más fuerte que constituye ese entramado y que aun hoy se postula como determinante de pautas culturales contemporáneas, es la presencia de una masiva inmigración europea, que a su vez los distancia de otros países latinoamericanos con una marcada herencia indígena.

En el imaginario de los uruguayos, es esta herencia europea la que ha marcado los destinos del país, y la existencia de una cultural republicana tan fuerte. A su vez, es determinante de características atribuidas al pueblo uruguayo, como su alto grado de formación y participación política, y sus conocimientos generales.

La construcción de una idea de nación uruguaya implicó, entonces, la promoción desde el Estado de un país con una fuerte integración, es decir una comunidad donde no hubiera distancias insoslayables entre clases o grupos.

En este entramado, con una amplia clase obrera que se recuerda alcanzaba niveles de vida relativos a la clase media, se construyó una sólida matriz partidista que consolidó mecanismos institucionales para la acción colectiva. De este modo, la acción colectiva uruguaya estuvo históricamente canalizada por las propuestas de los partidos políticos, siendo éste uno de los rasgos más evidentes en momentos de comparación entre organizaciones sociales que pertenecen a distintas naciones.

Esta percepción del pueblo uruguayo como detentor de posiciones y tradiciones de lucha muy fuertes y sostenidas, se vislumbra en las representaciones del pasado cercano que componen la idea de nación que los sujetos entrevistados proponen. En esa representación del pasado se

hace referencia a un pueblo que ha atravesado situaciones *críticas* y que entonces ha quedado condicionado a formas de vida ordenadas pero muy politizadas.

La referencia más frecuente y marcada es hacia la última dictadura militar que Uruguay viviera (entre 1975 y 1982). Esa referencia forma parte de la reivindicación de cierta capacidad de recuperación y humildad que el *ser uruguayo* contiene. Frente a esa valorización, asumen un carácter negativo las emigraciones masivas de las décadas marcadas por las crisis económicas y políticas. Desde Uruguay se reproduce la idea de que existen casi tantos uruguayos viviendo fuera del país como en el territorio mismo, y esa imagen marca inevitablemente el discurso de los sujetos entrevistados.

En esas referencias, se establecen diferencias marcadas entre aquellos que debieron o decidieron irse y los que se quedaron en el país. Estas diferencias abonan, a su vez los elementos de la representación sobre lo uruguayo que hablan de unas marcadas conciencia y formación política, así como una acción colectiva más organizada que en otros países.

A pesar de que los componentes de una idea de nación en Uruguay parecieran inevitablemente ligados a la construcción de las instituciones políticas, y a la historia de las mismas, se mencionan en los discursos que exploramos elementos costumbristas que forman parte de aquella construcción. Así, se valora el consumo de la yerba mate como bebida autóctona, se recuerda la existencia de deportes nacionales como el fútbol y de elementos artísticos como la murga y el tango, que cumplen el doble rol de funcionar como referencia de *lo uruguayo* y como elementos aglutinadores, a la vez.

b. Argentina por los argentinos

Las referencias a la argentinidad por parte de los entrevistados que residen en este país son bastante escasas. Quizás esto se deba a que los grupos que participaron de las experiencias grupales estaban conformados, en su mayoría, por migrantes de países fronterizos.

Por otro lado, en las experiencias que se realizaron en Uruguay, la posibilidad de reflexionar sobre la propia idea de nación generaba un entusiasmo que se relacionaba con que se trata de un debate que aun no encuentra demasiado espacio en el país. En Argentina, por el contrario, los llamados a reflexionar sobre la cuestión nacional han sido más frecuentes en los últimos años, incluso en los medios de comunicación masiva.

La principal referencia al hablar de la nación de la que forman parte, tiene que ver con eventos del pasado cercano. En este sentido, el peronismo aparece como un período que cumplió una doble función: conformar una clase sindical que reforzara una tradición

combativa en los sectores populares, a la vez que opacar las necesidades de cambio que esos sectores proponían por fuera del movimiento al gobierno.

Luego, se repiten en los discursos que exploramos, las referencias a la última dictadura militar (1976 – 1983). Este período se carga de connotaciones negativas, y su peso sobre el presente se muestra, para estos sujetos, como innegables.

Así, la dictadura militar y la adopción de políticas neoliberales durante este período son el fundamente principal de lo que hoy perciben como un desmantelamiento de la acción colectiva en el ámbito nacional. Siguiendo los discursos que exploramos aquí, se detecta una falta de interés en la participación política, que se debe a la historia de carencias que los sectores populares han atravesado en Argentina, tanto como a la instalación de iniciativas asistencialistas que buscaban paliar las consecuencias de aquellas políticas.

En este sentido, existe una identificación muy usual entre los integrantes de la nación argentina de la simbología nacional, e incluso del fomento de una idea de nación, con el pasado militar del país. Al igual que en Uruguay y que en otros países de Latinoamérica, los ejércitos que tomaron el poder en el siglo XX hicieron uso de los símbolos nacionales para identificar su causa con la del resto del país, a la vez que se autoproclamaban los legítimos protectores de esa nación.

En los discursos de los integrantes de las organizaciones sociales argentinas comprendidas en este estudio, encontramos referencias despectivas a los símbolos nacionales y a la defensa de una idea de comunidad nacional, que se relacionan con esta situación relativa al pasado reciente y la resignificación que los sujetos hacen del mismo. Tal es así que las simbologías que se asumen como fuente de identificaciones se relacionan, según los discursos de estos sujetos, con aquellas insignias relativas a las organizaciones que integran, e incluso al cooperativismo.

Este aspecto es fuente de disensos en los grupos en que participan migrantes de otros países. En cuanto se habla de los elementos que señalan la pertenencia nacional, estos participantes señalan las distancias entre los argentinos y las personas que provienen de otros países. En este sentido, se mencionan anécdotas en las que los hijos de migrantes utilizan y valorizan los símbolos nacionales argentinos, y reconocen su pertenencia al país en el que habitan. Al mismo tiempo, intentan transmitir esa experiencia a sus padres, en el sentido inverso en que usualmente tiene lugar la reproducción de la idea de nación dentro del seno familiar.

Otra idea muy fuerte que caracteriza a la idea de nación en Argentina - y que se relaciona de forma directa con la decisión teórico-metodológica de tomar organizaciones sociales que

pertenezcan a la Capital Federal – tiene que ver con la división simbólica tajante que existe entre la capital, la ciudad, y el campo, el interior del país.

Esta división supera cualquier tipo de frontera física o distrital que se plantee, y tiene que ver con la forma en que los sujetos entienden la ciudad, el campo, y la nación en su totalidad. La idea de nación en argentina fue, históricamente, un proyecto pensado e implementado desde un gobierno centralista, al cual las provincias adscribían, en una relación no exenta de conflictos.

En los discursos de los sujetos que participaron de las experiencias grupales que realizamos, observamos que esta división se reproduce y se fundamenta en las características que la ciudad sostiene. En ese sentido, el reclamo por una vivienda digna aparece entremezclado con el reclamo por habitar zonas estratégicas del territorio nacional.

La ciudad es representada como la mayor fuente de posibilidades y oportunidades, en lo referente al trabajo y a actividades de esparcimiento, incluso a las posibilidades de formación y participación política. Buenos Aires se presenta en estos discursos como la única ciudad del país, que se distancia ampliamente en tanto servicios y calidad de vida del Conurbano[1] y de las provincias.

Los participantes de las experiencias grupales abonan las imágenes que describen la ciudad, el conurbano y las provincias con experiencias personales que dan cuenta de los problemas que atravesaban en zonas del país que no son Buenos Aires, y que aparecen caracterizadas desde sus carencias. La participación en las organizaciones que aquí consideramos aparece entonces como una fuente de satisfacción de necesidades, a la vez que como una fuerte posibilidad de acceso a la ciudad y sus beneficios.

La vivienda en la ciudad, y la lucha desde las organizaciones, aparece relacionada para estos sujetos con la reivindicación de su *derecho a la ciudad*. Ello implica, tal como hemos visto en secciones anteriores, entender la lucha por la vivienda como la búsqueda de igualdad de oportunidades de acceso a los lugares donde se centraliza la actividad, las decisiones, y, por lo tanto, las posibilidades.

Este distanciamiento entre la ciudad capital y el interior del país es muy característico de la idea de nación en Argentina, se repite en sus teóricos y en el imaginario de sus habitantes. En Uruguay, aun cuando las actividades se reconocen centralizadas en su capital Montevideo, esta imagen de distanciamiento no es un elemento tan palpable de la construcción nacional como en Argentina.

[1] El Conurbano Bonaerense es el cinturón poblacional que rodea a la Ciudad de Buenos Aires. Se trata de una zona suburbana que presenta la mayor densidad poblacional del país.

Esta identificación de Buenos Aires con *lo argentino*, y su posicionamiento frente al resto del mundo como la puerta de entrada al país, tienen su correlato en la forma en que los argentinos que participaron de nuestras experiencias grupales relacionan a su nación con el exterior. En este sentido, se repite en Argentina la imagen que los uruguayos describían de ellos mismos, de una nación latinoamericana pero intrínsicamente ligada a los devenires de otras regiones de las que se reconocen directamente descendientes.

Así es que los integrantes de las organizaciones que consideramos aquí subrayan la pertenencia a tradiciones que migraron masivamente a Argentina a principios del siglo XX, y es desde allí desde donde se construye la relación de esta nación con la región que la contiene. Aun cuando esta imagen se asume en revisión actualmente, incluso desde el discurso de los sujetos, aparece cierto distanciamiento de la nación propia con respecto a otros países de la región en los que la situación social y política se entiende como más crítica. Esta imagen es, a su vez, reforzada desde el discurso de los migrantes fronterizos que participan de las experiencias.

Al mismo tiempo, aparecen menciones frecuentes a los elementos costumbristas que se postulan como característicos de la nación argentina. Muchos de esos componentes se repiten con los que mencionan los uruguayos en las experiencias grupales realizadas en ese país, y se constituyen entonces como espacio de disputa entre ambas naciones integrantes de la *identidad rioplatense* o *gaucha* (Grimson, 2000).

Así, se menciona el interés del pueblo por el tango, corriente musical típicamente porteña, es decir perteneciente a la Ciudad de Buenos Aires. También se destaca la existencia del fútbol como actividad aglutinadora y propia, y el consumo de dulce de leche y mate como característicos de la nacionalidad. Conocedores de la repetición de estas costumbres al otro margen del Río de la Plata, inmediatamente se mencionan las diferencias entre el uso que cada una de ambas naciones otorgan a estos elementos, a la vez que se postulan orígenes que señalan una u otra orilla.

c. Uruguay por los argentinos

Las referencias hacia Uruguay y los uruguayos que se detectan en los discursos de los sujetos que forman parte de las organizaciones argentinas son breves, y sostienen, usualmente, la carencia de diferencias entre una nación y la otra.

Los discursos que exploramos aquí suelen destacar la existencia de un pasado similar y compartido, y un presente con elementos comunes, como la desigualdad, los derechos básicos

insatisfechos para una porción amplia de la población, la existencia de una fuerte tradición de acción colectiva, etc.

En este último punto, los participantes de las experiencias grupales que tuvieron lugar en el marco de esta investigación destacan la tradición de acción colectiva que caracteriza al pueblo uruguayo. Desde una posición que podría entenderse como de admiración, se resalta la existencia de organizaciones con un alto nivel de institucionalización, con una profunda formación política, al mismo tiempo que se señala ese formalismo como un posible obstáculo.

En la referencia a la nación vecina sucede algo que se repite en los discursos de los uruguayos sobre los argentinos, y que tiene que ver con una confusión entre lo que compone a la nación de referencia, y aquella porción con la que se tiene contacto desde la propia actividad, es decir, otras organizaciones de lucha por la vivienda.

En este marco, se observan referencias a los uruguayos que podrían entenderse como relativas a FUCVAM y sus cooperativas. En estas referencias, Uruguay aparece como una nación altamente organizada y con una planificación en la que es dificultoso plantear innovaciones.

Al mismo tiempo, siendo el tipo de construcción y organización de la acción colectiva de FUCVAM el que las organizaciones argentinas que contemplamos han adoptado, se establece una relación de admiración y respeto hacia el otro que lo ubica en una posición ventajosa dentro del campo que comparten. Los uruguayos son reconocidos como pioneros en la actividad que las organizaciones argentinas desarrollan, y existen imágenes que valoran positivamente su aporte para el desarrollo de los proyectos propios.

Estas imágenes se ubican dentro de una representación generalmente positiva que los argentinos muestran sostener sobre los uruguayos, aun cuando se destaca que existen ciertas diferencias en el uso de elementos culturales compartidos en toda la zona, e inclusive lingüísticas.

Las referencias, además, se completan con experiencias propias que se basan en el intercambio cotidiano en las cooperativas del MOI, en las que es bastante mayoritaria la participación de migrantes uruguayos. La convivencia entre ambas nacionalidades se califica, desde los argentinos, como pacífica, y ello se relaciona con la existencia de necesidades y proyectos comunes a ambas naciones.

d. Argentina por los uruguayos

La imagen altamente positiva que los argentinos que participaron de las experiencias grupales que realizamos expresaron sobre la nación uruguaya no parece tener eco en la representación que los participantes uruguayos describen de sus pares argentinos.

En las experiencias grupales que realizamos en Uruguay, se sucedían una serie de características negativas atribuidas a los argentinos, que inmediatamente se diferenciaban de las que pudiera tener la entrevistadora. Estas características listaban formas idiosincráticas como cierta pedantería, soberbia, pretenciosidad, desconfianza hacia el otro y hasta violencia, que la mayor parte de las veces terminaban adjudicándose a los habitantes de la Capital Federal exclusivamente, discerniéndolos de aquellos argentinos que habitan las provincias del territorio nacional, con quienes asumen sentirse más identificados.

Aparece en estos discursos la referencia a la fuerte diferencia que los mismos argentinos incluyen en su idea de nación, y que tiene que ver con el distanciamiento entre la capital del país y el resto del territorio. Los uruguayos afirman poner en cuestión sus representaciones sobre los argentinos en cuanto tienen la oportunidad de haberse contactado con habitantes de las provincias, y exponen que existen fuertes diferencias de carácter entre unos y otros.

Estas actitudes atribuidas a una forma de ser de los argentinos, se solidifica en la acción colectiva de ese país. En este sentido, los integrantes de las organizaciones uruguayas que aquí consideramos afirman que las formas de acción colectiva que tienen lugar en Argentina se caracterizan por su baja capacidad de institucionalización, su espontaneidad, escasa formación política y cierto grado de violencia. Se observa la carencia de programas políticos completos que contengan esos episodios de acción colectiva, aunque al mismo tiempo se valora la rápida capacidad de movilización que se atribuye a las organizaciones y a la población en general, y que daría cuenta de cierta combatividad. Las organizaciones políticas argentinas son entendidas, por los uruguayos entrevistados, como difíciles de cooptar por el entramado partidario, que se entiende como débil.

Los episodios de acción colectiva a los que estos sujetos refieren se recuerdan protagonizados por personas con baja formación y cierta escasez de *conciencia política*, es decir, un programa que excediera la movilización desarrollada, y que midiera las consecuencias de la misma.

En relación con el peso del nacionalismo en ambas márgenes del río, los uruguayos que participaron de nuestras experiencias grupales atribuyen un marcado nacionalismo y una activa reproducción de pautas y costumbres nacionales a los argentinos.

En este sentido, los sujetos señalan como un aspecto ambivalente el fomento del uso de los símbolos patrios en Argentina, que se interpreta como mucho mayor al que se transmite en Uruguay. Este nacionalismo, detectado también en las autorreferencias de los argentinos, se

entiende, por un lado, como un indicador de cierta resistencia. Por otro lado, es entendido también por estos sujetos como la fuente de discordias entre naciones de una misma región, y el primer elemento de una imagen exterior negativa.

Por otro lado, en lo que refiere a manifestaciones artísticas e íconos nacionales argentinos, las imágenes detectadas en los discursos demuestran cierta admiración. Sin embargo, la saturación de señales televisivas argentinas pareciera ser la razón de cierto hartazgo señalado por los participantes de las experiencias grupales.

Aparece aquí también la referencia a elementos culturales compartidos que son resignificados en cada una de las naciones, y que se presentan como espacios de discordia, más en estos discursos que en los de los argentinos. Así, el mate, Carlos Gardel y el tango, el asado y el dulce de leche serían elementos cuyo origen no queda del todo esclarecido, y frente a los cuales se establecen diferencias tajantes que marcan nacionalidades.

Estas diferencias se plantean desde una relación de rivalidad, aunque se asume que la posibilidad de establecerlas entre dos naciones fronterizas y que comparten un pasado, y ciertas similitudes históricas, es útil en vistas a la construcción las imágenes de uno y otro.

III. Reflexiones finales, en proceso…

El análisis de los discursos de los sujetos que aquí comprendimos da cuenta de un entramado que funciona como horizonte y marco de las prácticas colectivas, un entramado simbólico que está asociado a procesos dialógicos y no exentos de conflictos y de los cuales emergen referencias – la nación y la región - que se constituyen como fuente de identidad.

Al mismo tiempo, el contexto de pobreza en que grandes grupos poblacionales latinoamericanos viven parece tener un impacto directo sobre la construcción de estos sentimientos de pertenencia, al igual que las estrategias que estos grupos elaboran para hacer frente a las carencias que detectan.

La mirada de los análisis de las ciencias sociales sobre estas construcciones identitarias, sus elementos fundantes y sus alcances deberá entonces tener en cuenta las luchas por proteger las diferencias y los postulados por sostener la igualdad que estas experiencias expresan.

La importancia del debate que aquí se propuso radica en la necesidad de ampliar el campo conceptual existente de modo de tener en cuenta diversas formas de asociación, y, al mismo tiempo, los modos en que estas prácticas son cargadas de sentido.

La configuración mundial contemporánea demuestra reforzar los sentimientos de pertenencia a las naciones y los grupos locales, aunque implicando procesos de reconfiguración de las

categorías tradicionales, promovidos por la aparición de formas de participación política que postulan modificaciones a esos marcos interpretativos. Las nuevas reflexiones sobre la pertenencia a las que este contexto de cambios pareciera dar lugar, podrán auspiciar otras versiones de la nación y de lo regional, sin anunciar su desaparición o su ineficacia en la construcción de sentidos de pertenencia.

Bibliografía

- Achúgar, Hugo (1992) "Uruguay, el tamaño de la utopía" en AAVV, Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?. Montevideo: Trilce.
- Alfaro, Milita (1992) "Cultura subalterna e identidad nacional" en AAVV, Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?. Montevideo: Trilce.
- Anderson, Benedict (1991) Comunidades imaginadas. México: FCE.
- Balibar, E. (1991) "La forma nación: historia e ideología" en Wallerstein, I. y Balibar, E., Raza, nación y clase. Madrid: ICALPE.
- Caetano, Gerardo (1992) "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario" en AAVV, Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?. Montevideo: Trilce.
- Elías, N. (1997) Os alemaes. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Fanlo, Luis (2007) "Emergencia de la matriz militar-discursiva argentina: el discurso de Leopoldo Lugones" en *Discurso y argentinidad*, publicación electrónica de la Cátedra Sociología de la Argentinidad, Año 1, Nº 1. Buenos Aires.
- Funes, Patricia (1995) "Nación, patria, argentinidad. La reflexión intelectual sobre la nación en la década de 1920" en Ansaldi, W., Pucciarelli, A. y Villarruel, J. (editores) Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946. Buenos Aires: Biblos.
- García Canclini, Néstor (2002) Latinoamericanos buscando lugar en este siglo. Buenos Aires: Paidós.
- Gonzalez, Jorge (2007) "Introducción" en Gonzalez, J. (editor) Nación y nacionalismo en América Latina. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/CLACSO.
- Grimson, A. (2000) "El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad" en Grimson, A. (compilador) Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro. Buenos Aires: La Crujía.

- Grimson, A. (2007) "Introducción" en Grimson, A. (compilador) Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina. Buenos Aires: Edhasa.
- Renán, E. (2001) "¿Qué es una nación?" en Fernandez Bravo, A., La invención de la nación. Buenos Aires: Manantial.
- Ribeiro, Darcy (2007) As Americas e a civilicao. Processo de formacao e causas do desenvovimento desigual dos povos americanos. Sao Paulo: Companhias das Letras.
- Sabato, Hilda (2006) "República y nación en América Latina: notas breves sobre una historia turbulenta" en Nun, J. y Grimson, A. (compiladores), Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina. Buenos Aires: Edhasa.
- Terán, Oscar (2006) "Representaciones de la deriva argentina" en Nun, J. y Grimson, A. (compiladores), Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina. Buenos Aires: Edhasa.
- Vernik, E., Salvi, V. y Loza, J. (2008) "Imágenes de la nación y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la nación desde la recepción de discursos televisivos". Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. La Plata, diciembre.
- Weber, Max (1991) Economía y Sociedad. México: FCE.